



Población y Salud en Mesoamérica

Revista electrónica publicada por el
Centro Centroamericano de Población,
Universidad de Costa Rica, 2060 San José, Costa Rica
<http://ccp.ucr.ac.cr>

Población y Salud en Mesoamérica

Revista electrónica semestral, ISSN-1659-0201

Volumen 8, número 2, archivo 1

Archivo: *Sección de documentos históricos*

Enero - junio, 2011

Publicado 1 de enero, 2011

<http://ccp.ucr.ac.cr/revista/>

Impresiones y recuerdos: José Silverio Gómez 1801-1904

Henri Pittier



Protegido bajo licencia Creative Commons

Centro Centroamericano de Población

PRESENTACION

Este ensayo del sabio conservacionista Henri Pittier (1857-1950) que data de 1904 es posiblemente el primer testimonio sobre la excepcional longevidad de los habitantes de la Península de Nicoya, Costa Rica. Fue el estadístico costarricense Carlos Raabe quien llamó mi atención sobre este ensayo cuando en 2007 diversos medios de comunicación del mundo dan a conocer a la, así llamada, “Blue Zone” de Nicoya. La organización National Geographic había acuñado tres años antes en un artículo de su conocida revista el término Blue Zone para designar tres bolsones de súper longevidad en el mundo: Okinawa en Japón, Cerdeña en Italia y Loma Linda en California, EEUU. Más tarde, y a raíz de una ponencia sobre la excepcionalmente baja mortalidad de los nonagenarios costarricenses que presenté en la XXV Conferencia Mundial de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP) en Tours, Francia y tras cuidadoso examen de la evidencia científica, National Geographic incluye a la península de Nicoya como la cuarta Blue Zone del mundo. Henri Pittier se anticipa, entonces, cien años en descubrir la Blue Zone de Nicoya.

¿Quién es Henri Pittier?

Una rápida búsqueda en Google da cuenta de que el más antiguo y más famoso parque nacional de Venezuela, establecido en 1938, se denomina Henri Pittier en reconocimiento al botánico y geógrafo suizo de ese nombre que se estableció en ese país en 1917 y que publicó en 1926 el “Manual de las Plantas Usuales de Venezuela” una obra clásica reeditada varias veces y utilizada hasta nuestros días. Pittier publicó cerca de 300 obras, entre los que se cuenta otra obra clásica: “Primitia Flora Costaricensis” (1907).

Henri Pittier es de la estirpe de los sabios naturalistas del Siglo XIX como Humboldt o Darwin. Llega a Costa Rica en 1887 invitado por las visionarias autoridades de educación costarricense de entonces quienes al mando de Mauro Fernández y Ricardo Jiménez importaron educadores y científicos europeos para establecer un moderno sistema educativo nacional. Henri Pittier reside en Costa Rica durante 17 años en los que enseña en el Liceo de Costa Rica, establece el Instituto Meteorológico Nacional, dirige el Instituto Físico Geográfico y el Herbario Nacional e impulsa el establecimiento del Museo Nacional como centro de investigación y exhibición de la historia natural del país. Pittier deja Costa Rica en 1905 para recorrer las Américas como botánico del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos durante 14 años. Se establece finalmente en Venezuela como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1919 y allí dirige y funda varias instituciones públicas y privadas, entre ellas el Parque Nacional que más tarde llevaría su nombre y el Herbario Nacional, hoy Instituto Botánico. En las décadas finales de su vida lleva a cabo la monumental obra de estudiar y clasificar más de 30.000 plantas en Venezuela.

Pittier viajó ampliamente por Costa Rica y las observaciones de sus viajes, publicadas en diversos medios, incrementaron sustancialmente el conocimiento de la geografía y biología de Costa Rica. El ensayo que aquí reproducimos recoge observaciones de uno de esos viajes. En particular, captura los recuerdos de un centenario nicoyano, José Silverio Gómez, fallecido en 1904 a la edad de 103 años. Aunque esos recuerdos aportan valiosa información sobre la vida y el entorno natural de Nicoya del Siglo XIX, nuestro interés fundamental en esta crónica es la

observación del sabio Pittier de que los moradores de la zona disfrutaban del privilegio de una larga vida: “...en todas mis peregrinaciones por estas tierras no he encontrado otro rincón cuyos habitantes estén bendecidos con tal abundancia de años” escribe el sabio. Aunque la percepción de Pittier es puramente anecdótica no deja de tener interés como antecedente de los estudios que, basándose en datos puros y duros, han mostrado que los ancianos nicoyanos tienen de las más bajas tasas de mortalidad en el mundo.

Luis Rosero Bixby
San José, diciembre 2010

Referencia

Pittier, Henri (1904). “Impresiones y recuerdos: José Silverio Gómez 1801-1904”. Pandemonium 3 (45): 5-8 y (46): 3-7.

IMPRESIONES Y RECUERDOS: JOSE SILVERIO GOMEZ 1801-1904¹

El nombre que encabeza estas líneas es el de un humilde nicoyano, nativo de Santa Ana y con quien tuve oportunidad de celebrar una corta entrevista en los primeros días del corriente año. Me ha parecido interesante dedicarle un corto artículo, pues son escasos los hombres que como él han sido testigos presenciales de los acontecimientos de todo un siglo y que pueden exponer sus juicios retrospectivos y establecer comparaciones que no siempre resultan en ventaja del presente, a pesar de nuestros tan descantados progresos.

Ante todo, debo manifestar que, aunque no tengo motivos particulares para aspirar a dar a las generaciones venideras mi testimonio oral acerca de los sucesos que habré presenciado en mi terrenal peregrinación, me he quedado con deseos de ir a fijar mi residencia en Santa Ana, caserío cuyos moradores tienen seguro privilegio de longevidad. En 1900, murió en dicho caserío –pues allí también se muere- y en pleno goce de sus facultades, el señor Patricio Juárez, cuyos años alcanzaron a 1171. En 1901, volvió al seno de nuestra madre común María Guevara, quien ignoraba su edad, pero que nuestro informante, Silverio Gómez, recuerda haber conocido mujer ya cuando él tenía 6 a 8 años. En fin, el señor Juan Reyes Gómez tiene hoy día 98 años, con buenas probabilidades de completar el siglo.

¿A qué circunstancias especiales debe el Barrio de Santa Ana, situado en las colinas calcáreas al norte de la Villa de Nicoya, el privilegio de larga vida que ostentan sus moradores? Nadie lo ha dicho aún. ¿Será a la composición especial de sus aguas, a la suavidad de sus aires, a la vida sobria y arreglada de aquéllos, o tal vez simplemente al espíritu de imitación cuando no a la milagrosa intervención de la santa patrona del barrio? No lo sé, pero lo cierto es que en todas mis peregrinaciones por estas tierras no he encontrado otro rincón cuyos habitantes estén bendecidos con tal abundancia de años.

Silverio Gómez, se ve todavía muy campante y sin ganas de dejar este mundo de miserias. Aunque muy descarnado, como es natural a una edad tan avanzada, recorre todavía en el día, con una carga de 25 a 30 libras a las espaldas, las tres leguas cortas que separan a Santa Ana de Nicoya, representando la ida y la vuelta unas seis horas de buen andar. Por ciertos caracteres de su cabeza, juzgo que es de sangre negra, con fuerte mezcla de sangre blanca y trazas de sangre india. Mezcla completa, como muy a menudo se encuentra en la robusta raza que vive en todo el litoral del Pacífico. Pero Gómez se dice *ladino*, y deduzco de algunas reflexiones que me confió, que se considera superior, tanto a los negros como a los indios.

Su abuelo paterno murió de muy avanzada edad, mas su padre sucumbió joven aún, acometido por una enfermedad aguda. Este último combatió a Bolívar, como soldado de España, lo que no privó a Nicoya del goce de la libertad que el gran Libertador conquistó por todos los pueblos de Hispano América. Aun hoy día, Gómez no parece seguro de que se haya ganado mucho con la Independencia. En “*su tiempo*” la administración de los “*civil y judicial*” descansaba en manos de un solo “*corregidor*” y éste aplicaba la ley sin muchos ceremonias.

¹ Tomado de: Pandemonium. Año III, N° 45, pp 5-8; N° 46, pp. 3-7. 1904.

“Al que mataba, lo mataban, al ladrón le daban cuero en la picota, y al hablador le ponían una mordaza”.

La picota era un poste de madera fuerte, toscamente esculpido en forma de mujer, y que se hallaba cerca del ángulo Suroeste de la actual plaza de la villa. El paciente se abrazaba del poste, presentando la espalda desnuda; lo amarraban sólidamente y en esta postura recibía su merecido. A los sentenciados a muerte los ahorcaban y Silverio Gómez recuerda la ejecución de un tal Carmen que había matado a otro llamado Campos, para quitarle la mujer. Es opinión bien firme del venerable anciano que en aquellos tiempos que precedieron la independencia, Nicoya era incomparablemente más moral y próspera que ahora:

“Había más dinero y nada de papel, las pesas eran completas, no había presidentes municipales que llevasen la batuta sin derecho ni razón, y las costumbres eran mucho menos libres”.

En apoyo de esta última afirmación, Silverio cita algunos casos de que en su tiempo... se estudiaban mejor que hoy día los clásicos autores del habla castellana. Una mujer, dice vino a quejarse de que cierto prójimo, con violencia, le había quitado el honor. Confesó el acusado, el corregidor lo sentenció a pagar a su víctima veinticinco pesos, que se entregaron a ésta acto continuo. Luego que se hubo retirado, el juez ordenó al ladrón de honor seguirla y tratar por todos los medios a su alcance de quitarle el dinero. Transcurrido algún tiempo, volvió el tunante, sin haber logrado su objeto. Entonces el corregidor llamó de nuevo a la mujer y le dijo:

¿Cómo puede ser cierto lo de tu queja?

Si este hombre no ha tenido la fuerza de quitarte ese poco de dinero sin razón recibiste, menos habrá podido quitarte contra tus deseos y propia satisfacción, lo que toda mujer considera como su bien máspreciado! E incontinentemente revocó la sentencia, ordenando a la astuta criatura que devolviera el dinero e imponiéndola una multa. –No tengo la paciencia de buscar dónde, pero creo haber oído o leído ya este cuento, y mucho me equivoco o fue en los inmortales escritos de Cervantes, los que abundan en estas historietas con sal y pimienta. Cuenta también Gómez, que en un tiempo en que hubo mucha hambre, un prójimo cargado con numerosa familia robó un buey para el sustento de ésta. El dueño se quejó, pero para su defensa el pobre alegó que su acusador se había negado a venderle el buey y que no teniendo otra cosa con que sostener a sus hijitos hambrientos, se había visto precisado a robar y matar el buey. En vista de lo cual el juez le dio la razón y lo absolvió!

En los tiempos de la infancia de Gómez se celebraban todavía en Nicoya, ferias importantes y muy concurridas, restos sin duda de esos *tiánguiz* o mercados de que nos habla Fernández de Oviedo y cuyo recuerdo se encuentra en alguna forma en todos los países en que se hizo sentir la influencia de los mercaderes de Tlaxcala. Esas ferias se verificaban cada verano y duraban muchos días; entre la muchedumbre de los presentes se notaban representantes de toda la América Central, especialmente nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos, pero tampoco dejaban de acudir los de Cartago y hasta los de Panamá. Cada cual traía los productos de su comarca y era prodigiosa la variedad del conjunto. Asimismo, esa época, ya remota, fue todavía parte de la edad de oro de la Iglesia. Los misioneros franciscanos ejercían un verdadero y

benéfico dominio sobre los pueblos, que tomaban de sus enseñanzas lo que más se conciliaba con su genio alegre y amigo de diversiones. Existían muchas cofradías, entre ellas pocas de penitentes, y las dos principales eran las de *San Blas* y *Nuestra Señora de Guadalupe*. La primera la formaban *ladinos* exclusivamente, esto es, los pocos blancos y los mulatos, y la segunda se componía de indios. Estas dos cofradías eran en realidad dos bandos enemigos, siendo el primero más poderoso. Era diversión corriente y favorita de los devotos de San Blas correr los indios a latigazos por las calles durante ciertas noches. Celebraban sus fiestas en febrero y diciembre respectivamente, y éstas iban acompañadas de ferias en que se vendía mucho cacao y otros productos de la península. Hoy día solo existe la Cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe y cada diciembre los indios de la villa, que conservan celosos las tradiciones de antaño, celebran su día con lo que han conservado de las ceremonias antiguas. Esta fiesta se llama también “*de la yegua*”, pero nadie ha podido explicarme el porqué de este nombre. Las mujeres desempeñan el papel predominante en las elecciones de los mayordomos y demás oficiales, algunos de los cuales designanse todavía con nombres procedentes del antiguo idioma. Poco a poco estos regocijos van perdiendo algo de su primitivo brillo y de sus ceremonias originales, por lo que es de desearse que alguien recoja lo que aún queda de este recuerdo de los tiempos pasados.

Sobre la fisonomía general del Valle del Morote y de las colinas que rodean a éste, Silverio Gómez suministra datos de suma importancia, y que para mí tienen el interés muy especial de confirmar los indicios que recogí en el Valle del Diquís, acerca de la mayor extensión probable de las sabanas en épocas anteriores. Las altas selvas que rodean a Nicoya eran menos cerradas y las sabanas mucho más extensas, con numerosos sitios de ganado. Ciertas lomas, como el Cerro de las Cruces, se veían completamente peladas y se quemaban cada año. Lugares como Sabana Grande, en el camino de Nicoya al Humo, hoy completamente cerrados y poblados de una selva baja, los ocupaban en aquel entonces extensas praderas. Por otra parte, poco se han ensanchado los desmontes y es insensible el ataque del hacha a la primitiva floresta. Preguntando Gómez acerca del por qué las sabanas están así invadidas por breñales y selva, contesta sin vacilar que a consecuencia del fuego que se les da cada año a aquéllas. Y tiene sobrada razón: el fuego ha sido desde tiempos inmemorables uno de los peores enemigos del agricultor costarricense! La vegetación útil de las sabanas se compone casi exclusivamente de gramíneas y otras plantas de raíces muy menudas, poco extensas y por consiguiente poco aptas para escapar a los torrentes de fuego que las barren a impulsos del viento. Las malezas nocivas, como los *chirriles*, ciertos eupatorios, el guayabillo, el chumico y varias melastomáceas leñosas, son por lo contrario de raíces hondas y el fuego sólo destruye sus partes aéreas, de suerte que al regreso de las aguas en abril o mayo, por cada tallo destruido, salen, tres o cuatro renuevos, mientras han desaparecido casi enteramente las gramíneas y las leguminosas. Este fenómeno se verifica especialmente en las márgenes de la sabana y a lo largo de los riachuelos y quebradas que la surcan. El jaral se hace de año en año más espeso y a las especies herbáceas y subleñosas suceden los arbustos y luego los árboles de alta copa. Así es que poderosamente ayudada por las quemaduras destructoras, la selva va conquistando, poco a poco lo que fue pradera natural.

Interesantísimos son los datos que se me suministraron relativamente a la agricultura indígena y a sus paulatinos progresos. El cacao era como en tiempo de Fernández de Oviedo, el grano principal. Con justicia se llamaba con este nombre solamente al árbol y a su fruto, mientras *pinol* se decía del grano tostado y molido. Existían cacaotales naturales muy extensos en todos los vallecitos y en los grandes llanos de costa afuera. Hoy día se encuentran aún numerosos árboles

en todas las quebradas. La mazorca es algo pequeña, pero contiene un grano de buen tamaño, anguloso y de sabor bastante dulce. Cultivado en buen terreno, este cacao de una fruta mayor y de calidad igual al cacao llamado *Nicaragua*, por haberse importado la semilla de Rivas hacia 1860. Por lo demás, creo que se trata de una sola y misma especie, y que el terreno de Nicoya es insuperable para su cultivo. En Matambú, en las Huacas y en algunos puntos más, he visto *madecardos* admirables, con árboles de 12 a 15 metros de altura, creciendo a la sombra de la *madre de cacao o madera negra*.

El caco proporcionaba la bebida corriente y el maíz el alimento principal de la mayoría. El modo de prepararlo no ha variado desde los tiempos más remotos y en los *cogederos* de agua de los arroyos, bajo la sombra de tupidas enramadas, suelen encontrarse lindas muchachas “*nezquezando*”, esto es, lavando el grano con los pies. No se me ocurrió, infortunadamente preguntar acerca del arroz y de los frijoles. El primero es nativo de la China y su introducción en nuestro continente es moderna; los últimos son de procedencia dudosa, pero algunas de sus variedades parecen derivarse de nuestro *Phascolus lunatus*, silvestre doquiera en este país. Los indios de Talamanca cultivan muy poco este grano y lo hacen desde hace poco tiempo. Me ocurrió con el arroz lo mismo que con los frijoles, pues hubiera podido quizás informarme acerca de ello el viejecito Gómez, y pido perdón a mis lectores por el olvido: el caso es que gusto poco del uno y de los otros!

Por demás está decir que el café es un recién llegado: mi interlocutor asegura lo mismo acerca del *camote* y de la *papa caribe*, y esta afirmación es para mí otro motivo de admiración: el camote es tan americano, en efecto, que su nombre se deriva del nahual *camotli* y que más de quince especies distintas se cultivan en varias partes de América desde la más remota antigüedad. Extraño, pues, que se considere de reciente introducción en Nicoya, aunque el hecho de que sólo dos variedades de una misma especie, el camote amarillo y el morado, se cultiven corrientemente en el país, es casi un indicio de tardía importación. Todo bien ponderado, opino en ese caso por un error de mi informante y me mueve a ello la circunstancia de que el mejicano *comotli* tiene su equivalente en Bribí, en Teribe y en varios de los idiomas del Istmo de Panamá. En cuanto a la papa caribe, confieso que me deja perplejo la cuestión de origen: primero la creí indígena de la costa del Pacífico y después de cultivarla en San José y de tratar de introducirla en el régimen culinario de mi casa, la relegué entre las plantas comunes, como sencillo objeto de curiosidad, bueno para un jardín botánico y para material de herbario. Luego hice mi viaje a Nicoya y allí encontré que la papa caribe se cultiva en abundancia, que sus bulbillas aéreas son de sabor excelente cocinadas bajo la ceniza, y, *last but not least*, que se conoce allí desde hace muy poco tiempo. El tema es de interés para nuestros futuros botánicos: ¿se trata sencillamente del *Dioscorea bulbifera*, casi cosmopolita en la zona tropical? ¿Nos hallamos en presencia de una especie nueva? En el estado actual de la cuestión, que, para no fatigar al lector, no quiero exponer aquí, no es dable inclinarse a favor de ninguna de las posibles alternativas.

Existe en Nicoya una naranja especial, renombrada por su tamaño y su dulzura: la naranja *cangeleña*, conocida desde tiempo inmemorial. Tuve una oportunidad única de probar esa deliciosa Aurantia, de que también me entretuvo Gómez, y aunque la encontré muy *semilluda*, debo confesar que es fruta en extremo fina, muy digna de llegar a los mercados del exterior. De los mangos que maduran sus sabrosas pomos en mayo y que vi florecidos en enero, la especie amarilla vino a Nicoya traída de Guayaquil por Ignacio Goyenaga, hacia 1818. La otra especie, llamada *mango de racimo*, es de introducción más reciente y se trajo de Nicaragua. Hoy día

ambas frutas abundan al extremo de que al tiempo de su madurez forman, según se me afirmó, el alimento usual de muchas familias. Los demás árboles frutales, como los aguacates, el matasano, el zapote, el zonzapote y el olosapo, con indígenas y se encuentran con frecuencia en la selva virgen. De cada uno de ellos hay distintas variedades, aun mal estudiadas, y los dos últimos son árboles de noble porte y muy decorativos.

Si bien es cierto que Silverio Gómez cita la introducción de varias plantas útiles, no deja tampoco señalar la desaparición de otras. En su buena época, esto es, hacia 1820, abundaban todavía los *coyolares*, agrupaciones de tipo altamente tropical de una hermosa palma, el coyol o *Acrocomia vinifera*, que pueden verse todavía en ciertos valles áridos de la Vertiente del Pacífico. Hoy día el coyol casi ha desaparecido de Nicoya; se reproduce muy poco y muy despacio y por otra parte su savia vinosa es muy buscada por el campesino, el indio especialmente, que casi la prefiere a la no menos tradicional chicha en sus periódicas orgías. Pero para sacar el vino se necesita derribar la palmera y así es como el coyol, que en un tiempo cubría hasta los cerros de Barra Honda, casi queda borrado de la flora de Nicoya. Otra palmera, la majestuosa *palma real*, está escaseándose también en las inmediaciones de la Villa de Nicoya. En las laderas de los pintorescos vallecitos de Matambú, es donde la he visto abundante aún.

El algodón de Nicoya merece aquí especial mención, aunque ya no se cultiva, sino en matas aisladas, verdaderos árboles, alrededor de las casas. Según pude cerciorarme, pertenece a la especie peruana (*Gossypium peruvianum*) afamada por su magnífico producto: el capullo varía mucho de tamaño, pero la hebra es siempre finísima y larga. En la primera mitad del siglo pasado, según cuenta Gómez, sembraba todavía bastante y las mujeres hilaban y tejían. Hoy día, es dudoso que se encuentre en toda la península quien teja una manta, y aun entre nuestros indios de Boruca y Térraba esta útil ocupación ha caído en desuso en los diez últimos años. Con la fabricación del hilo se conectaba otra interesante industria, también recuerdo del pasado, aunque vi todavía una de sus fases en ejercicio en la Boca de Sierpe, hace como diez años. Me refiero a la tintorería del algodón. Se usaban varios colores, sacados todos de la naturaleza, de plantas especialmente. Pero el tinte más brillante a la vez que firme, era el morado obtenido de un caracol de mar, llamado por Lineo *Purpura patula*, común en ciertas peñas del Océano Pacífico. Tan precioso y tan buscado era el hilo teñido con la baba que se escapa de la concha cuando se coge, que se llegó al extremo de hacer pagar en madejas de algodón morado los impuestos al Rey y los Cánones del Clero. Es tradición corriente entre los indios que cada año los misioneros que regentaban los pueblos de Quepo, Boruca y otros, enviaban para el norte mozos cargados de pesados fardos de hilo morado, destinados a los conventos de Nicaragua y Guatemala, y de esos mozos “jamás se volvía a saber”. Otro detalle que demuestra la importancia que tenía el producto especial de que hago referencia es que las peñas donde se criaban los caracoles de tinte eran propiedad exclusiva del Rey y que a éste correspondía su repartimiento entre los indios. Por lo demás, la industria de la púrpura no era exclusivamente de nuestros indios de Costa Rica. Además de encontrarse este caracol también en la costa del mar Caribe y de constituir uno de esos vestigios de faunas antiguas que indican la existencia prehistórica de alguna conexión entre ambos océanos, se extiende por el litoral occidental del Continente Americano, desde el Ecuador hasta Tehuantepec, y no es remoto que los naturales de todo este trecho de costa hayan conocido sus propiedades.

Volviendo a los indios, Gómez asegura que en su tiempo éstos recibían esmerada protección de parte de las leyes y soberanos españoles. Se mantenían apartados como casta distinta y los regían

especiales ordenanzas: por ejemplo, estaban exentos de las contribuciones comunes y sólo se les exigía el pago de un real por cabeza y por año, tributo que se enviaba directamente al Rey.

“En todo tenían más mérito que los negros, y el que sacaba sangre a alguno de ellos, lo hostilizaban y perseguían al extremo de que tenía que alejarse del lugar”.

Como es sabido, los naturales de Nicoya no formaban ya en esa época una raza homogénea. Haciendo abstracción de los probables pobladores primitivos de la península, acerca de quienes no tenemos datos fidedignos, aquélla era ocupada por los indios Chorotega o Cholultecas, cuyo origen era Cholulá, en la parte central de Méjico. Según nos ha sido transmitido por los cronistas de la conquista, estos indios, cansados de la opresión en la que los mantenían los Olmecas después de haberlos vencido en áspera lucha, abandonaron aquella su patria y se dirigieron hacia el Sur, siguiendo la costa del Pacífico. En sus migraciones se juntaron con los Mangues, oriundos asimismo de la meseta de Anáhuac, que por idénticos motivos se habían establecido primeramente en la Provincia de Soconusco, y, después de vagar por mucho tiempo sin asiento fijo, vinieron a establecerse en lo que es hoy Nicoya, Guanacaste y la parte Occidental de Nicaragua. En sus viajes dejaron regadas varias colonias, como las de los Pipiles en Guatemala y Salvador. Tal vez, a una de éstas, de poca importancia sin duda, es a la que alude el célebre descubridor Vásquez de Coronado al referirse a la presencia de mejicanos en la costa de Talamanca, aunque es sabido que los mercaderes de la misma nación recorrían todo Centro América. Los Mangues, pues, eran de origen nahua y hablaban un idioma poco diferente de los Anáhuac; los Chorotegas, oriundos de Cholulá, se entendían en una lengua muy parecida al Chiapaneca. Los dos pueblos vivían más o menos entremezclados, pero los primeros dominaban en Nicaragua y los últimos en Nicoya.

Una práctica corriente de los españoles era la deportación de los naturales de una a otra de sus conquistas, y a esta costumbre debió Nicoya, por una parte, la pérdida de un número considerable de sus pobladores indígenas, y por otra, el aumento de éstos por importaciones de las regiones circunvecinas. Centenares de los primeros fueron llevados al Perú donde se les empleaba en el duro trabajo de las minas, y en sus frecuentes incursiones los piratas no dejaron tampoco de robar muchas mujeres, niños y aun hombres adultos, reducidos desde luego a la condición de esclavos y finalmente abandonados en alguna costa lejana. Por otro lado, vemos en documentos históricos varias menciones de haberse establecido en Nicoya pueblos traídos de otras comarcas de Costa Rica, por ejemplo, de Boruca y Talamanca.

¿Será posible, hoy día, distinguir unos de otros los descendientes de esas varias razas autóctonas, Mangues y Chorotegas, e indios traídos de Costa Rica? Creo que sí: al lado de los numerosos productos de repetidos cruzamientos, indios con blancos, indios con negros, mestizos y zambos con mulatos, e híbridos de varios grados, otra vez con tipos más puros, se han conservado ciertamente, en número bastante crecido, individuos de pura raza indígena y entre éstos se nota mayor abundancia de descendientes sin disputa de los Burucas y Talamancas, y representantes más escasos de un tipo distinto, notable sobre todo por la hermosura de las hembras. De este último observé un solo espécimen en Paso Real de Térraba en 1891, y me llamó la atención: después vi unos pocos en el valle del Río Grande de Pirrís (Piedras Negras) y varios más en Nicoya. No se puede afirmar con absoluta seguridad que estos individuos son los descendientes de los Chorotegas y de los Mangues, pero su mayor estatura, la forma adelgazada y elegante de sus extremidades, su aporte naturalmente altanero, la atenuada predominancia de los carrillos y su

tez más mate, no son caracteres propios de ninguna casta istmeña al Sur del Río San Juan, y no es por consiguiente remota la verosimilitud de tal hipótesis.

Gómez no se acuerda, por supuesto, de que hayan existido tales distinciones entre los naturales. En su juventud, éstos ya habían perdido sus idiomas primitivos, que se han perpetuado en algunas palabras comunes, como *nimbuera* (del Choluteca *nimbú*, agua aumentado como terminación castellana: vaso grande de llevar agua), *nambiro* (calabaza, Choluteca), *tinamaste*, *huiligüiste* (*nahuatl*), y en nombres locales como Nandayure, Nandaripomo, Momoyejo, y muchos otros. Tampoco le he oído mentar los piratas ni sus hazañas lo que se explica por la circunstancia de que la última aparición de éstos en las costas de Nicoya fue en 1720, cuando un jefe de corsarios fondeó con sus dos navíos en el Puerto de Las Velas, trayendo presos al Marqués de Villa Rocha y su familia. Recuerdo de aquellos aciagos tiempos en que ambas costas de nuestro territorio se hallaban continuamente amenazadas con las incursiones de los bandoleros del mar, lo era la vigia estacionada en permanencia en la cumbre de una loma cerca del actual Puerto de Jesús, y que debía dar parte inmediato al Corregidor de Nicoya de cualquier nave que apareciera en el Golfo. El empleo se suprimió después de proclamada la Independencia, pero el nombre de de “*La Vigia*” le quedó a la referida loma.

Gómez afirma que en la primera mitad del Siglo XIX, la Villa de Nicoya y varios de sus barrios eran mucho más poblados. A primera vista este dato parece estar en oposición con los hechos; sin embargo, no está por completo desprovisto de razón. Ha pasado en Nicoya lo que en los pueblos del Valle del Diquís: por una parte, una vez que los misioneros abandonaron los indios, estos cedieron a sus naturales instintos y buscaron otra vez el monte; por otra, si bien consta de los documentos oficiales que la población ha seguido invariablemente en aumento, no es menos cierto que el número de los naturales ha disminuido. Hubo varias epidemias de viruelas y de cólera que hicieron extraordinarios estragos entre ellos, y hambres producidas por la escasez de granos. En la peste colérica de 1857, en la que familias enteras de indios, que vivían apartados en el campo, murieron y se quedaron sin sepultura en sus casas, la misma plaga se comunicó a los monos y a los venados, cuyos cadáveres se encontraban doquiera en los montes. No se sabe exactamente a qué se debió la escasez de granos que también hizo tantas víctimas, pero Gómez señala varias invasiones de *chapulines*² “*en los tiempos en que él se crió*”, y es posible que la falta de productos agrícolas haya sido una consecuencia de sus destrozos. Sea de ello lo que fuere, a tal extremidad llegó la escasez, que los más afortunados se alimentaban de jocotes sancochados, mientras otros recorrían los bosques en busca de los cotiledones del ojoche, de semillas de coyol y de raíces silvestres. Por un lado, el abandono por los misioneros de los indígenas permitió a éstos esparcirse de nuevo por las campiñas, mientras por otro lado, las epidemias los diezmaron. Así se explica la impresión de una disminución general de la población, aunque, en realidad, ésta ha aumentado constantemente, gracias a la continua inmigración de otras razas y una fuerte natalidad en los períodos normales.

Entre los recuerdos de su infancia, Gómez cita la extraordinaria abundancia de los venados. La carne de estos animales no se comía, por la misma extraña razón sin duda, que hace que en muchas partes exista un asco convencional por la carne de la guatuzá, mientras la de su congénico el tepeizcuintle es bocado de rey. Es muy posible que estos rasgos se hayan heredado de los Chorotegas y Mangués, y que para éstos hayan tenido su explicación en alguna

² Langosta

fórmula religiosa. El cuero de venado, por lo contrario, era objeto de un comercio muy importante, por cuya razón cazaban sin piedad a los infelices ciervos. Es excusado decir que en aquellos tiempos no se cazaba con escopeta, y, detalle más interesante, tampoco con flecha, pues esta arma predilecta de nuestros indios del Sur no parecen haberla usado los de Nicoya. El arma arrojadiza de los antiguos nicoyanos era la lanza, y en el caso particular, el cazador llegaba al alcance de su presa ocultándose detrás de un buey enseñado al efecto. Para la pesca se empleaban el chinchorro y el anzuelo, o se aturdían los peces por medio del barbasco.

Silverio Gómez no nació viajero. No conoce el interior de Costa Rica y escaso es el número de sus viajes al “*Puerto*”, esto es, a Puntarenas. Eso sí, conoció los primeros comienzos de lo que es hoy día nuestro emporio del Pacífico, cuando la Punta se hallaba en el sitio que ocupa hoy día el Mercado, y la Aduana se abrigaba debajo de la sombra de dos corpulentos guanacastes en cuyas raíces se amarraban las naves. En aquel tiempo la población se componía de una sola casa, propiedad de un tal Zacarías Lanzas.

Y así dejó escritas, con los comentarios que me sugirieron; las memorias de Silverio Gómez, el centenario de Santa Ana de Nicoya.